EL NARCISISMO PANTEÍSTA DE JUAN GIL-ALBERT

Antonio Moreno

De las novelas y los libros de poemas memorables que leímos hace tiempo sólo permanecen, al recordarlos, una atmósfera, una sensibilidad, un sentimiento del mundo. Los pormenores de la trama, las disquisiciones o el dibujo concreto de los personajes, así como el perfil específico de cada poema, suelen evaporarse. La luz de la rememoración escasamente llega a más. Si, por ejemplo, nos remiten a Tolstoi, al punto revivimos un medio social aristocrático y afrancesado, o una comunidad de *mujiks* serviles, de pobres olvidados en un campo infinito con olor a heno y flores silvestres cuyas vastas extensiones se miden por verstas. Allí, durante la gelidez de las noches, las grandes pasiones de los protagonistas se refugian en esas viviendas de madera llamadas *isbas*, en cuyas lumbres espera algún samovar borbotando con el agua caliente. Tal vez Gil-Albert, tan afecto por lo ruso y por el trágico término de los Romanov, sentiría algo parecido cuando evocara el universo del genial novelista.

La obra de cada poeta que ciertamente lo es constituye en nuestra memoria una representación intuitiva de la vida y de las cosas, y, en medio, una concepción del lugar que ocupa el ser humano bajo el cielo. La poesía de Gil-Albert es, en este sentido, paradigmática: quien la leyó con intensidad sin duda conservará inalterado su luminoso vitalismo, su optimista confianza en las posibilidades creadoras del individuo. Y retendrá también en su oído el número de una palabra fluida, serena y cadenciosa, cuya consonancia es el testimonio inaprensible de ese vitalismo contemplador. Pero, sobre todo, al acordarse de sus mejores versos, a ese lector le parecerá que su belleza no se agota porque abrazan el misterio hasta tal extremo que al cabo coinciden con él.

Estos son algunos de los valores imperecederos de su obra poética; son los que la mantendrán viva, por encima de otros rasgos más circunstanciales o de una limitación en el tratamiento. Porque sólo una parte no muy extensa de la pro-

ducción de Gil-Albert reúne esa transcendencia de lo perdurable. El resto parece prescindible, como, por lo demás, sucede con tantos grandes autores.

No es difícil improvisar una caracterización de la poesía gilalbertiana: el esteticismo y una proclividad culturalista vitalmente asumida, su ética de raíz pagana, el hedonismo epicúreo, la importancia de los mitos mediterráneos y de un idealismo platónico, su naturaleza discursiva y su inspiración clasicista son atributos fácilmente discernibles. Bastaría hojear un diccionario literario o cualquier repertorio bibliográfico para verlos reseñados. *Las ilusiones con los poemas del convaleciente* (1944) es el primero de sus libros donde estas cualidades cristalizan, aunque no completamente. No completamente porque ese libro, central en su trayectoria por lo mucho que tiene de definitivo en la configuración de una identidad, todavía no incluye su mejor poesía. En exceso le pesó a este escritor levantino el prurito de crear una obra perfecta y estéticamente intachable; el resultado fue un tipo de clasicismo artificioso y escayolado. Gil-Albert fue consciente de las restricciones de esta tendencia: "Entre lo abocetado y lo agotado, o sea, a la misma distancia de ambas deficiencias, vive el verdadero arte: la perfección de la espontaneidad"[1], anotó en su *Breviarium Vitae*, acaso comprendiendo que, hasta bien avanzado su itinerario creativo, se había ceñido demasiado a un canon poético con unas capacidades expresivas ya agotadas. Pese a que eventualmente había ensayado con el verso libre y con cierto irracionalismo, el autor de *Homenajes e In promptus* tardó en deshacerse de un énfasis elocutivo asimilado del Modernismo y de una tradición grecolatina manierista.

Estamos, pues, ante un ejemplo de poeta que alcanza su madurez estética tardíamente, cuando consigue abandonar los planteamientos y actitudes del "artista" y opta por el hablar sencillo y acompasado del solitario espectador del mundo. Esto sucederá a partir de *Poesía (Carmina manu trementi ducere)*, publicado en 1961. En este libro, y principalmente en los que le siguen hasta *Homenajes*, se halla la escritura más actual de Gil-Albert, lo que equivale a decir la más clásica y la menos literaria. Continúan los rasgos definidores antes señalados, pero ya no son acuñaciones museísticas con un sabor arqueológico, según sucedía en *Las ilusiones*, sino señas de una identidad vigorosa y fresca, con una juventud que él siempre relacionó con lo permanente de la naturaleza. Es en este tramo de su labor donde con más altura se manifiesta la "aspiración profunda y constante a anudar temporalidad con intemporalidad", que apunta Francisco Brines en un sustancioso trabajo[2]. Gil-Albert es, en efecto, un poeta unitivo, y en su modo de afirmar esa vocación de concordia me parece que radica gran parte de su actualidad.

---

[1] Juan Gil-Albert, *Breviarium Vitae*, Alcoy, CAAM, 1979, 394.

[2] Francisco Brines, "La tierra natal en la poesía de Juan Gil-Albert", en *Escritos sobre poesía española (De Pedro Salinas a Carlos Bousoño)*, Valencia, Pre-Textos, 1995, 139.

Dejando de lado la evolución de su lenguaje, una razón fundamental de la proximidad de la creación poética de Juan Gil-Albert es que buena parte de ella nace de un mismo motivo, que es el de la conciencia. Si hay un elemento peculiar de toda la poesía meditativa del pasado siglo y de estos días, es que el tema alrededor del cual gravitan muchos otros es el tema de la conciencia. La variedad de asuntos en Gil-Albert es notable, pero tal vez sea esta mirada autorreferencial sobre el hecho de saberse vivo la que más cohesiona sus libros últimos. Podría decirse que es una materia casi ineludible, dada la orfandad de justificaciones existenciales del hombre contemporáneo. Lo significativo de este poeta es que para él la vida consciente no conduzca a la oscura pesadumbre de tantos escritores, sino al reconocimiento venturoso de que el cuerpo es un recipiente que alberga el ser, una energía a menudo asociada con la imagen de un fuego de índole presocrática. Los ejemplos mencionables son muchos; sólo citaré uno con amplitud, los versos iniciales del poema "El fuego eterno"[3], perteneciente *A los presocráticos*:

¿Será verdad que un fuego primitivo
llevamos dentro?
¿Que esto que por los aires,
luz sideral latiendo, contemplamos,
anima nuestro cuerpo como parte
de un rutilar inmenso que nos tiembla
bajo de nuestra piel?
Eso que llaman luz, esa armonía,
eso que tan ajeno nos parece,
campo en que respiramos,
¿será esta mima llama irreductible
en nuestra intimidad?

Esta idea de que el sujeto es "un conductor feliz de energía", como se revela en "La divinidad", de *La meta-física*, o en el poema "Consigo mismo", de *Homenajes e In promptus*, donde Gil-Albert escribe: "Llevo conmigo el mundo, un ser me aprieta"; la noción de que bajo la piel se escucha por la sangre "la sometida vida", externamente, fuera del cerco de la corporeidad, se corresponde con la observación de que "Mientras se está en el mundo de la vida / se sirve de recambio o leña fresca / a la hoguera sin fin". La vida es una combustión incesante, y el hombre, ser transitorio, sirve para alimentar esa llama eterna; pero también puede reconocerla escondida en su propia sustancia y en su destino efímero. Llegados a este punto de percepción, se deslíe el concepto de la individualidad. O quizá sería más preciso decir que las fronteras entre el sujeto y el universo quedan suprimidas:

[3] Juan Gil-Albert, *Poesía completa*, Valencia, Pre-Textos, 2004, 467-468. Las siguientes citas de versos son por esta edición.

no existe identidad y alteridad porque toda criatura participa del Ser[4]. De modo que, a la postre, la mirada narcisista sobre uno mismo, la atención sobre la propia conciencia, sin ningún tipo de reflexión concreta, sino en el simple hecho de atender y existir, le remite al contemplador al mundo del que él forma parte: las facciones del rostro de este Narciso son la tierra, la vida y los cielos. La afirmación del vivir surge de un pacto de aceptación de la muerte, como se expresa en "Juicio final", de *La meta-física*, y la aspiración absoluta consiste en un afán de unión panteísta, hermosamente expuesto en el poema "Las transformaciones":

> Y entonces pienso
> que aún me queda por ser, sólo que solo,
> sin este Juan que ahora me designa
> como persona errante,
> ese otro reino o fuego menos parco
> que mi tibieza actual, donde ya el hombre
> no será mi vecino rencoroso
> ni el amor una mancha.
> Donde todo fundido ya en el todo
> no se sienta este miedo o este anhelo
> de la mortalidad.

Ese anhelo de fusión no está lejos de Fray Luis de León. La diferencia, claro está, estriba en el decidido despojamiento de Gil-Albert, que se vio a sí mismo en su *Breviarium Vitae* como quien canta "ebrio de sol, sobre el vacío, impenetrable, abierto bajo la rama que me suspende"[5]. Tal grado de reducción de los márgenes del conocimiento acaso sea el paso más audaz de la lírica gilalbertiana.

---

[4] La comunión con este ser a veces adquiere un signo religioso. Así sucede, por ejemplo, en el citado poema "La divinidad", en cuyos tres versos finales Gil-Albert se presenta como "Un gran disipador de la existencia, / un conductor feliz de la energía: / nada concreto: un dios". Esta liberadora deificación de sí mismo es asociable a la vivencia de la divinidad de Juan Ramón Jiménez durante su último ciclo poético. Tanto en los versos como en el prólogo de *Dios deseado y deseante*, el moguereño refiere su impregnación de lo divino a partir de su hallazgo en la conciencia como manifestación suya: "Hoy concreto yo lo divino como una conciencia única, justa, universal de la belleza que está dentro de nosotros y fuera también y al mismo tiempo. Porque nos une, nos unifica a todos, la conciencia del hombre cultivado único sería una forma de deísmo bastante", declara en este pasaje del prólogo (*Lírica de una Atlántida*, Barcelona, Círculo de lectores/Galaxia Gutenberg, p. 260). Donde Juan Ramón dice "dios" o "belleza", Gil-Albert escribe "ser"; pero ambos conceptos apenas distan entre sí, como, en el fondo, tampoco hay tanta lejanía como pueda parecer entre la posición cognitiva esencialmente sensorial del poeta valenciano y la otra intelectual del andaluz.

[5] *Breviarium Vitae*, ed. cit., 87.